

Sancti Spíritus, no olvida los intercambios con los especialistas del Centro Nacional de Escuelas de Arte de Cuba, quienes desde La Habana dictaron sentencia.

“Ellos alegaron, entre varias razones, que tenía poca matrícula y que, por tanto, era necesario que sus estudiantes pasaran para la escuela de Cienfuegos”.

¿Defendió Cultura con uñas y dientes la existencia de la Academia?

“Se mostró resistencia desde nosotros, desde la escuela, pero ellos tenían sus argumentos, incluso sentimos que no entendían cómo una escuela podía funcionar tan alejada de la cabecera provincial. Cosa que hoy, fuera del cargo, asumo como algo desacertado porque Trinidad es la mejor plaza para la formación de esa manifestación. Quizá sí nos faltó trabajar más en la búsqueda de la cantera para la matrícula en las Casas de Cultura o fuera de ellas”.

Con el cierre de la Academia, el Cuartel de Dragones se convirtió en espacio alternativo. Trasladaron allí al preuniversitario urbano de Trinidad —permaneció dos cursos—. También fue testigo de la enseñanza de la Danza y ubicaron aulas de la escuela primaria José Mendoza. De mano en mano, el deterioro apareció a la velocidad de la luz.

“Entregamos la escuela en óptimas condiciones porque, aunque no eran suficientes las cuantías monetarias que Cultura nos enviaba, evitamos daños significativos. Pero cuando se entregaron las llaves todo se perdió”, afirma Tony.

Una preocupación constante de Quintana Rivero durante los años que permaneció a pie de obra mientras el Cuartel de Dragones resurgía como Ave Fénix y, después, se centraba en cómo lograr mantener lo hecho.

“Nunca en el proyecto de la Batalla de Ideas se pensó en el imprescindible mantenimiento que exige toda construcción y, mucho más, las patrimoniales”, acota.

2024. Con el candado definitivo, el deterioro se acomodó a sus anchas. De su estructura interior poco o casi nada queda. Helechos prendidos de la mazorra, arcos sin cristales, ventanas solo protegidas por las rejas, grafitis profanadores, fragmentos sin techo, bultos de basura por doquier, huellas de obras artísticas ahogadas por la maleza... El local anexo no escapa al deterioro.

“La depredación ha sido muy alta —describe Echenagusía Peña—. Es un cuerpo sin esqueleto, donde los valores están presentes, pero se hace necesario un restablecimiento tipológico de una gran magnitud y a un costo monetario elevadísimo, tal y como se logró con anterioridad. Hay que evaluar al inmueble como ruina arqueológica.

“Por una u otra razón se cerró la escuela, es discutible, pero lo que sí no podía permitirse es que el inmueble quedara a su suerte. Es una pérdida irre-

parable y de un daño extraordinario. Erosiona la cultura cubana a unos niveles extraordinarios”, sentencia el experto.

Justo hoy, en un escenario nacional con muchas necesidades, mínimos recursos y una situación económica en extremo compleja, pensar en asumir una intervención integral significa una quimera. Mas, sí se pudieran aunar esfuerzos para, poco a poco, oxigenarlo y que las cuatro paredes amarillas y sus torreones no caigan al piso.

“Eso hoy sigue perteneciendo al Sectorial de Cultura y Arte, por lo que la Oficina del Conservador no puede incluirlo en su plan de inversiones —argumenta Yamilka Álvarez Martínez, directora técnica de la referida institución—. Y ya por su estado sería insuficiente el dinero para asumirlo con los montos de reparación y mantenimiento. Existen cosas proyectadas, incluso resultados de tesis académicas. La intención de la Oficina, desde hace tiempo, ha sido lograr ahí algo similar a lo existente en la capital bajo el nombre de Espacios Creativos, con beneficios para los exponentes de todas las artes. Pudiera ser que asumiera las labores constructivas un proyecto de colaboración internacional. Tenemos muy buenos resultados aquí. Hemos alertado a Patrimonio a nivel nacional y provincial, porque sí nos preocupa su situación”.

Se conoce como un secreto a voces que la Delegación del Ministerio del Turismo anhela el espacio para erigir un hotel; idea que no es muy aplaudida por los especialistas en el tema ya que se lacerarían los valores originales a la hora de introducir nuevos elementos como los baños.

Ojalá y los proyectos que aparezcan —fuera de esa especie de hatos y corrales, donde parece que salvar el patrimonio es responsabilidad solo de quien funge como responsable del local— no caigan en letra muerta, como lo reseñado por este semanario en 2013 sobre una de las tantas reuniones para analizar el destino del Cuartel de Dragones y donde citaba las palabras de la entonces máxima dirección gubernamental de la provincia: “La antigua Academia volverá a ser utilizada en actividades que tributen al desarrollo cultural”.

Pasados 11 años, lo único cierto es que las cuatro naves de amarillo mostaza viven en un eterno duelo con el abandono y el olvido, situación que genera un dolor punzante, como las heridas que nunca cierran. Tanto así que Víctor, Yudit, Tony y Quintana confesaron que nunca más han podido visitarlo.

“Prefiero recordarlo desde el esplendor y no desde el dolor de muchos de los que han llegado hasta allí. Es un duro golpe visual y espiritual. Está muriendo un pedazo importante de nuestra cultura”, concluyó Vidal Faife y el silencio ahogado en sus más sinceros sentimientos le dio la estocada final a esta historia sobre el Cuartel de Dragones, que precisa no seguir predestinado a su suerte.



Durante generaciones, la Banda de Música ha mantenido sus esencias. /Foto: Facebook

La banda es un himno

La agrupación emblemática de la música espirituana celebra su aniversario 120 con un legado entrañable de amor por la cultura

Carlos Sotolongo Gómez

A los espirituanos nos define la música. Son pocos en el mundo los capaces, como nosotros, de atesorar géneros tan diversos como la trova, la música campesina y la clave. Ese don nos identifica como un pueblo genuinamente musical.

Sancti Spíritus tiene una peculiar banda sonora que incluye la trova, los tríos en las madrugadas, con cuerdas y voces que se amplifican en los recovecos de las calles desiertas; los coros de clave que cantan al espíritu del otoño y la nostalgia de diciembre. La ciudad tiene también su parranda campesina que rememora el julio del Santiago, la bullanguera fritanga, el sombrero, la guayabera y el olor a puerco asado. Desde niño la ciudad se va acomodando en tus oídos, y deja una estela sonora que te acompañará siempre, y a la que se incorporan las congás y los pasacalles, también de julio; y como compendio integrador lo majestuoso de su banda de música, que lo mezcla todo en una paleta musical que tiene los colores de las soleadas mañanas de domingo. Leí alguna vez que una ciudad no lo es hasta que no tiene su banda de música. Original manera de resumir el espíritu de una

institución que acompaña la alegría y la muerte, y que tiene pertinaz presencia en una retreta, un concierto, un baile, en una peregrinación o un sepelio.

Integrar la banda de música es un honor para cualquier músico que se precie de serlo. Es como un blasón que en la mayoría de las ocasiones se lleva por años, con presancia y orgullo.

En la mañana del 10 de octubre de 1904 se registró la primera retreta de la Banda de Música Espirituana.

En tan lejana fecha sus integrantes eran adolescentes y jóvenes amantes de la música, que voluntariamente sostuvieron la institución hasta el año 1914. Un año después el propio Gobierno Municipal decidió subsidiarla y adquirió, entonces, el título de Banda Municipal Sancti Spíritus.

En este octubre nuestra Banda de Música celebra su aniversario 120, y por más de un siglo ha mantenido con estabilidad su participación en los más importantes acontecimientos de la villa: actos políticos, conmemoraciones y galas culturales engrosan su dossier.

La historia de la Banda espirituana no puede escribirse sin dedicarle un capítulo a Jesús María González Pérez.

Su relación con la institución comienza en los primeros años de la década del 50 del siglo pasa-

do; en ella se inició como trompetista, hasta que en el año 1974 es nombrado su director. Allí permaneció hasta su fallecimiento en el año 2013.

Por más de tres décadas, Jesús González dirigió la banda y se convirtió en uno de los músicos espirituanos más queridos y respetados.

La agrupación me trae el recuerdo de mi asombro la primera vez que vi y escuché a aquellos músicos de porte marcial y paso seguro en un desfile. La banda es el recuerdo de la mano de mi padre en la mía, el olor a violeta de mi madre, un domingo cualquiera, en el frescor musical de una retreta, con valsos, boleros y danzones. Eso también era la felicidad.

Si la historia de los pueblos puede escribirse por su música, en la nuestra no puede faltar esa mezcla de melancolía, amor al terruño y alegría contagiosa que se impregna en el aire cuando se escuchan las claves, rumbas, tonadas, pasacalles y nuestra banda.

Cada domingo, en la quietud de las mañanas que invitan al paseo familiar, en actos y conmemoraciones patrias, la banda de música nos acompaña en nuestra ciudad desde hace más de un siglo.

La banda es el himno; es la añoranza; es el terruño querido; la banda, nuestra banda, es también un canto a la patria.



Con el candado definitivo, el deterioro se acomodó a sus anchas.